

**LA CRISIS ARGENTINA
Y LOS DILEMAS DE POLITICA ECONOMICA
HACIA FINES DEL 2002**

Un país que tenía hace apenas cuatro años un PBI per cápita superior a los 8.500 dólares, pasó a tener uno de menos de 3 mil.

Un país con el ingreso per cápita más alto de Latinoamérica, pasó a estar en el año 2002 entre los más bajos del continente.

Un país que representaba la más amplia clase media de América Latina, tiene hoy al 55 % de su población viviendo en la pobreza.

La Argentina se encuentra en la actualidad en una profunda crisis económica, social, política e institucional. Desde el punto de vista económico y social, es la peor crisis de su historia, por su profundidad, extensión y multiplicidad de problemas concurrentes. Incluso, a nivel internacional, la crisis de la Argentina califica entre las más graves crisis económicas acontecidas desde la segunda mitad del siglo XX.

(Nofal, 2002)

¿ Qué elementos explican la situación dramática que vive hoy la sociedad argentina ? ¿ Se trata de la mala actuación de los últimos gobiernos ? ¿ Es acaso culpa de las recetas del Fondo Monetario o de la voracidad de los banqueros ? ¿ Es tal vez la consecuencia del frustrado camino de industrialización que se intentó recorrer desde los años 30 del siglo pasado ? ¿ Es el resultado ineludible de un modelo de convertibilidad que no era sustentable en el tiempo ?

Se puede afirmar que en el análisis del caso argentino concurren múltiples elementos superpuestos: de orden estructural y coyuntural, causas lejanas y cercanas, de origen económico y político. Referirnos a los dilemas de la política económica requiere analizar no sólo el contexto donde se aplican, sino también los actores que han de impulsar su implementación desde el Estado.

Una visión histórica...

Ubicada en el cono sur del continente americano, la Argentina es un país que ha recorrido una rara trayectoria en su evolución algo más que centenaria.

Poseedora de un potencial extraordinario de recursos naturales, tan extensos y diversos como pocas regiones del planeta, recibió un aluvión inmigratorio de población europea en las últimas décadas del siglo XIX, que le dieron un particular impulso a su inserción en el sistema económico internacional.

Desde entonces, y siguiendo a Patrizio Bianchi (2002) la historia de su desarrollo puede ser articulada en tres grandes etapas, caracterizadas siempre por una notable inestabilidad: los años del modelo agroexportador (desde mitad del siglo XIX hasta 1930), los años del modelo de sustitución de importaciones (desde 1930 hasta mitad de los '70), y los años de la apertura unilateral (desde los años '70 hasta la crisis actual). Según el mencionado autor, la crisis actual se explica por tres órdenes de factores: haber tenido un crecimiento sin industrialización, una apertura sin integración y una privatización sin reglas.

En términos similares, Hugo Nochteff (1994) sostiene que la Argentina no vivió un proceso de desarrollo sostenido, sino una sucesión de burbujas: periodos de expansión que coinciden con los señalados por Bianchi, donde luego de décadas de avances no sustentables, se llega a la explosión de la burbuja (fin del modelo), y poco queda como herencia para el futuro.

Compartiendo la periodización de ambos autores, considero que las dos primeras etapas son sustancialmente diferentes a la tercera, que se inicia con la última dictadura militar.

En el primer caso (modelo agroexportador), de una nación casi desierta y con recursos poco explotados, luego de cuatro a cinco décadas se pasó a conformar una sociedad integrada territorialmente, con elevado nivel de renta, con importantes avances sociales y educativos, con una infraestructura económica medianamente desarrollada, y con una base industrial orientada en parte al mercado externo, pero también algo diversificada hacia el mercado interno (Lafferriere, 2002).

Aldo Ferrer (1998) sostiene que pesar de que se construyó una “economía vulnerable y dependiente”, entre 1860 y 1930 el país logró acercar su ingreso medio al prevaleciente en las economías líderes, con un producto que creció en el orden del 5 % anual y con elevadas tasas de inversión, y logró avances en el desarrollo político y en la organización institucional.

Agrega que “un rasgo notable del sistema fue la incorporación de la mayor parte de la población del país y de las corrientes inmigratorias a una economía de mercado de alcance nacional”, donde ningún segmento significativo quedó al margen. Destaca, también que “de hecho, el liderazgo de las exportaciones se derramó sobre la mayor parte del sistema económico y social”.

En el caso de la ISI (industrialización por sustitución de importaciones), y siguiendo a Ferrer, se podría llegar a un balance similar. No obstante el deterioro de la posición relativa de la Argentina frente a los países exitosos, el crecimiento económico fue bajo, pero no despreciable.

Aún siendo una economía vulnerable y dependiente, se desarrollaron nuevas ramas económicas (la industria liviana en la primera fase, y ramas más complejas, en su segunda fase), el desempleo se mantuvo en bajos niveles, hubo importantes avances sociales y políticos, continuó el desarrollo del sistema educativo, y ningún segmento significativo de la población quedó al margen del crecimiento.

A pesar de que ambos períodos expansivos culminaron en sendas crisis profundas, el final de cada etapa mostraba enormes transformaciones económicas y sociales. Los avances son innegables si se contrastan los momentos iniciales y finales de cada etapa (como para poner alguna fecha, 1930 vs 1860-70, y 1975 vs 1935).

El modelo agroexportador (la primera burbuja) permitió la inclusión económica y social de una población que se multiplicó más de seis veces (pasando de 1,8 a 12 millones de habitantes); en tanto que la ISI (la segunda burbuja) mejoró en forma sustancial el nivel de vida de una población que se duplicó en el período (pasando de 12 a 25 millones de habitantes). Todo esto fue acompañado de avances significativos en el sistema educativo, y de logros no despreciables en el sistema científico-tecnológico (Ferrer, 1996).

De 1975 a hoy (con la tercera burbuja), la población total creció en poco más de 10 millones, pero los pobres pasaron de 2 millones de entonces, a más de 18 millones en la actualidad. Los niveles salariales están hoy a menos del 50 % del que tenían a comienzos de los años '70. El PBI per capita ha retrocedido más de dos décadas, con una acentuada desigualdad en la distribución del ingreso. Mientras la deuda externa supera el PBI global de todo un año, los capitales de residentes argentinos fugados al exterior casi equivalen a esa deuda externa.

Toda esta información pone de relieve las profundas diferencias entre los períodos expansivos de las primeras dos burbujas históricas de la economía argentina, y el fuerte retroceso económico y social de la tercera, posterior a 1976, y que se inicia con gobierno represivo (lo cual no sucede por casualidad). De allí que la grave crisis argentina tiene un origen mucho más político que económico, y no tan lejano históricamente, como sugieren algunos enfoques.

Esta diferenciación entre las etapas previas a 1976 y lo que se vive desde entonces, es más notoria si se contrasta este último período, con la etapa que va de 1964 a 1974, donde el propio Nochteff rescata los importantes avances logrados entonces (se atenuaron las restricciones del modelo de dos sectores, se aceleró el aprendizaje, se desarrollaron ramas de “proveedores especializados”, aumentó el flujo de tecnología dentro del sector industrial, hubo un interesante desarrollo de dos industrias “basadas en ciencia”, etc).

De todas maneras, creo que las dos primeras burbujas reflejan sendos modelos productivos, que con claras deficiencias y serias limitaciones al desarrollo, significaron sustanciales avances económicos y sociales. En cambio, la tercera burbuja no se puede considerar un modelo productivo, sino de acumulación financiera y fuga de capitales, que culmina con enormes retrocesos económicos y una creciente desintegración social (Lafferriere, 2002).

Más de un cuarto de siglo de saqueo y genocidio

El actual retroceso económico y social es la culminación de los cambios iniciados hacia mediados de los años '70, con políticas que significaron el paso de una economía de producción a una de saqueo y genocidio. Ello fue posible por la aplicación de un cuarto de siglo de recetas neoconservadoras, que afectaron gravemente la estructura productiva vigente, generaron exclusión, concentraron la riqueza y promovieron su salida del país en gran escala.

Este proyecto de saqueo y genocidio se inició con siete años de dictadura militar, que impuso la valorización financiera, las rentas de privilegio y la fuga de capitales, a través de diversas modalidades. Desde 1976 se provoca una brusca caída del salario real, que en poco tiempo refleja una gran transferencia de ingresos hacia el capital. Esto se complementa con una política tributaria regresiva, con fuertes subsidios a grandes grupos económicos (vía la promoción industrial, los contratos del estado con las empresas vinculadas al poder, etc), la estatización de la deuda externa privada, y una política financiera que generó altas tasas de interés, grandes subsidios al sistema bancario y una libre salida de capitales al exterior.

El proyecto continuó en los veinte años posteriores de vigencia de la democracia. En los años '80, se mantuvieron los subsidios a los grupos empresarios, se convalidó la deuda externa estatizada, y con el llamado "festival de bonos" se procuró conformar a los grandes actores del poder económico, a costa de una situación financiera insostenible para el estado nacional. La hiperinflación desatada barrió anticipadamente con el primer gobierno democrático.

En los años '90, el proyecto se profundizó con el nuevo gobierno, con un paquete de medidas tomadas del llamado Consenso de Washington, que combinó la amplia desregulación de los mercados, las privatizaciones de las empresas públicas y la unilateral apertura importadora de la economía argentina.

Un nuevo episodio hiperinflacionario en los inicios del gobierno de Menem, fue en parte contenido con una medida que confiscó el dinero de los ahorristas (plan bonex), que permitió sanear parcialmente las finanzas públicas y abrió el camino para la política del posterior ministro de economía Domingo Cavallo, quien implementó el Plan de Convertibilidad.

El marco de la ley de convertibilidad posibilitó el control de la inflación, la que bajó gradualmente en los primeros años de la década, hasta convertirse en deflación hacia el final del período. Pero junto a las medidas antes mencionadas, la convertibilidad posibilitó también un proceso simultáneo de desindustrialización, concentración del ingreso y fuga masiva de capitales.

El fin de la década menemista, cuya gestión contó siempre con el apoyo del FMI, dejó al descubierto los graves problemas estructurales que se habían acumulado hasta entonces. Un desempleo masivo y una pobreza generalizada. Falta de competitividad de la producción nacional. Crisis del sector externo (déficit comercial y de cuenta corriente). Creciente endeudamiento externo. Persistente déficit fiscal. Y una recesión económica que dificultaba la búsqueda de soluciones al grave cuadro heredado.

El gobierno de la Alianza, que asumió en diciembre de 1999, aplicó una política que desde el comienzo profundizó el ajuste (impuestazo, rebaja de sueldos de empleados públicos, etc) y agravó los problemas existentes. La idea de hacer buena letra para los mercados y el FMI no dio los resultados esperados. Los cambios posteriores sólo contribuyeron a empeorar la situación.

Medidas como el "blindaje", del primer ministro de economía José L. Machinea (promesa de financiamiento por 40 mil millones de dólares), o el "megacanje" de su sucesor Domingo Cavallo (por casi 30 mil millones de dólares), no lograron modificar la marcha de la economía. Sirvieron, en cambio, para mantener la dinámica de concentración y alimentar la salida de divisas. Hubo mayor recesión, más desocupación, más concentración y finalmente fuga de capitales. El "corralito" de principios de diciembre de 2001, los estallidos sociales del 19 y 20 de ese mes, y los cambios institucionales posteriores, pusieron fin a la "era de la convertibilidad".

A comienzos del 2002, asume el nuevo presidente Eduardo Duhalde, quien personifica una nueva alianza (entre el peronismo y el radicalismo de la provincia de Buenos Aires), que si bien modifica las reglas de juego vigentes (devaluación de la moneda, pesificación de depósitos y créditos, mercado libre

de divisas), mantiene la esencia del proyecto de saqueo y genocidio instaurado con la dictadura militar en 1976. Sólo que cambian las formas.

Los efectos de las políticas aplicadas generan una enorme transferencia de ingresos, desde los más amplios sectores de la población hacia un reducido número de agentes económicos (principalmente quienes concentran el grueso de las exportaciones argentinas). La devaluación beneficia también a los que habían fugado sus capitales al exterior –por casi 150 mil millones de dólares-. Se acrecienta la concentración económica y se profundiza la recesión. Las cifras de desempleo y pobreza superan largamente cualquier antecedente histórico.

Hacia fines del 2002, la caída hacia el abismo parece atemperarse. Las medidas tomadas sobre el mercado cambiario (mayores controles gubernamentales) y el fuerte superávit comercial, frenan la suba del dólar en los últimos meses, y con ello disminuye la inflación. Los planes de subsidios masivos a desocupados descomprime la gravísima situación social. Y la confiscación a los ahorristas del sistema financiero, evita la caída de numerosas instituciones.

El debate y los dilemas de política económica a fines del 2002

Cuando estalla la crisis en diciembre de 2001, son múltiples las voces que se alzan para explicar sus causas, y muchas también las propuestas para superarla. Analizando la situación, la economista Beatriz Nofal (2002), afirma que “no hay una causa dominante, sino más bien un conjunto de factores múltiples y concurrentes, que llevaron primero a la recesión y la depresión, y luego al colapso de la economía argentina”. El origen de la recesión se explicaría por “la combinación de shocks externos, vulnerabilidades internas, y errores y omisiones en la política económica doméstica”, donde el FMI ha tenido una responsabilidad importante.

Por su parte, las autoridades del FMI, que ayudaron directa e indirectamente a los gobiernos de Menem y De la Rúa, destacando en todo ese período a la Argentina como el mejor ejemplo a nivel mundial de la aplicación de sus políticas y de las prescripciones del Consenso de Washington, tomaron rápida distancia y endurecieron su posición, además de continuar con sus tradicionales recetas de austeridad fiscal y fuerte ajuste.

A tal punto llega la incongruencia que, luego de acordar numerosos y cuantiosos créditos al país, el FMI cortó todo tipo de ayuda drásticamente, y desde diciembre de 2001 hasta la fecha se ha negado en forma sistemática a cualquier intento de acuerdo, a pesar de que sus múltiples condicionamientos y exigencias fueron cumplidos en forma casi religiosa por las actuales autoridades (excepto el pedido de liberar el mercado de divisas, cuyo no cumplimiento –paradójicamente- trajo algún alivio a la economía desde mediados del 2002).

Sobre esta actitud y el papel jugado por el FMI, tomo dos opiniones con críticas muy fuertes hacia esa institución y hacia quienes la comandaron en las últimas décadas. Se trata de dos economistas norteamericanos de reconocida autoridad y trayectoria: Stiglitz y Weisbrot.

Stiglitz viene sosteniendo en forma reiterada la amplia responsabilidad del FMI en la gestación de las crisis financieras sucedidas en los últimos años (desde el tequila en adelante) en distintas partes del mundo, por fomentar las prematuras liberalizaciones de los mercados de capitales y contribuir así a la inestabilidad global. También con sus recetas de ajuste fiscal han provocado recesiones (en lugar de ayudar a la reactivación, función para la que fue constituida). Siguiendo a Stiglitz (2002), el resultado de la actuación del FMI “ha sido para muchas personas la pobreza, y para muchos países el caos social y político”, agregando luego que “el colapso argentino en el 2001 es uno de los más recientes fracasos de los últimos años”.

Por su parte Weisbrot, en diferentes artículos y notas periodísticas, además de señalar al FMI como uno de los principales responsables de la recesión en la Argentina, sostiene que fue el causante directo de la crisis desatada en diciembre de 2001. Y sobre la reticencia del organismo para acordar una ayuda al país, afirma que “aún si el FMI eventualmente decidiese llegar a un acuerdo con el gobierno argentino, cabe preguntarse si el país no estaría mejor con un programa propio de reactivación económica”.

Pero más allá de las fuertes críticas al organismo internacional, es indudable que internamente existen claras responsabilidades de los gobiernos en la generación de la crisis, y en la aplicación de las diferentes políticas económicas a lo largo del último cuarto de siglo.

El hecho de haberse sucedido políticas con mercado libre de cambios y tipos de cambio fijo, gobiernos militares y civiles, radicales y peronistas, dólar alto y bajo, podría hacer pensar en diferentes proyectos.

Pero la duda surge cuando se analizan los resultados de las distintas políticas: se evidencia una constante que persiste desde mediados de los '70, una profunda desestructuración productiva, amplia desigualdad en la distribución de los ingresos, creciente concentración económica, persistente y generalizada exclusión social, lo que remata en una constante y gigantesca fuga de capitales, y una permanente transferencia de riquezas al exterior vía el flujo de capitales que generan la deuda y las rentables inversiones radicadas en el país. Siempre los mismos perjudicados y los mismos beneficiados.

Bianchi (2002) afirma que luego de los años de la dictadura y de la megainflación, "ha surgido un pequeño núcleo de grandes grupos familiares que ha formado el corazón del sistema productivo". Y agrega que "la apertura rápida y unilateral dio como resultado la explosión de la frágil estructura interna del país, con una economía dividida entre un reducido número de grandes grupos (...) y un amplio sector de empresas manufactureras menores". A esto se agrega el comportamiento rentístico y depredador de estos grandes actores, que durante el 2002 vieron potenciado el camino para continuar con el saqueo.

Desde el punto de vista de los intereses del capital financiero internacional, es ilustrativo lo que afirma Stiglitz (2002) sobre quién decide en el FMI y otras instituciones: "están dominadas no sólo por los países industrializados más ricos, sino también por los intereses financieros y comerciales de esos países, lo que naturalmente se refleja en las políticas de esas entidades."

Por lo tanto, los dilemas de política económica pasan primero por definir si se continúa con el mismo proyecto de saqueo y genocidio que ha llevado a la desintegración social en beneficio del poder económico local e internacional (lo que parece el camino buscado por la actual gestión gubernamental), o se procura un cambio que termine con este modelo y busque un camino alternativo que permita vivir dignamente a los 35 millones de argentinos e inmigrantes extranjero que habitan en nuestro territorio.

De esa previa definición política estratégica, se derivarán entonces las políticas económicas más adecuadas para alcanzar los objetivos. Sólo en el marco de una estrategia alternativa puede tener lugar una propuesta como la planteada por Weisbrot:

"el país tiene los recursos para pagar las importaciones que necesita, por un tiempo previsible, sin necesidad de recurrir a financiamiento externo. Esto significa que la economía Argentina está lista para una reactivación sin nuevos préstamos del FMI u otras instituciones financieras internacionales. Los detalles del programa de reactivación económica necesitan ser elaborados, pero dicho programa es claramente viable. Fuera de satisfacer las necesidades básicas de la población bajo la línea de pobreza, lo más importante es elaborar un plan que reactive la producción y la demanda interna, y que permita que las exportaciones crezcan sin limitaciones innecesarias. Aún si se llega a un acuerdo con el FMI, no hay garantías que dicho acuerdo aporte recursos nuevos para la economía, o que lleve a niveles más altos de inversión privada."

Sólo en el marco de una estrategia alternativa se podría debatir también las propuestas de desarrollo contenidas en el denominado Plan Fénix, presentado recientemente por docentes de la Universidad de Buenos Aires (UBA), o la planteada por la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) con su "Shock distributivo, autonomía nacional y democratización", como aportes para superar la crisis de la sociedad argentina, quien sostiene (entre otras cosas) lo siguiente:

"No hay posibilidad de modificar el rumbo de nuestro país, si la fuerza política que se lo plantea no construye las condiciones políticas y sociales que le permitan tener autonomía respecto a la cúpula empresarial local y afirmar un desarrollo social sujeto a una lógica distinta a la impuesta por los intereses de esta cúpula y las relaciones mundiales de poder a la que está subordinada" (CTA, 2002).

NOTAS

- ◆ BIANCHI, Patrizio (2002). "Los senderos de la globalización. ¿Qué aprendemos de la crisis argentina?". En Boletín Informativo Techint 310 (mayo-agosto 2002).
- ◆ CTA (Central de Trabajadores Argentinos) (2002). "Shock distributivo, autonomía nacional y democratización". Instituto de Estudios y Formación CTA – Página 12.
- ◆ FERRER, Aldo (1998). "El capitalismo argentino", Fondo de Cultura Económica.
- ◆ LAFFERRIERE, Luis (2002). "Hay burbujas... y burbujas". Trabajo para la asignatura "Desarrollo Económico", Maestría en Sociología Económica (UNSAM).
- ◆ NOCHTEFF, Hugo. (1994). "Los senderos perdidos del desarrollo. Elite económica y restricciones al desarrollo en la Argentina", en el libro "El desarrollo ausente" de Azpiazu y Nochteff, Editorial Tesis-Norma.
- ◆ NOFAL, Beatriz (2002). "Las causas de la crisis de la Argentina". En Boletín Informativo Techint 310 (Mayo-agosto 2002).
- ◆ STIGLITZ, Joseph (2002). "El malestar en la globalización". Editorial Taurus.